

Ojos Color Turquesa

12 de Octubre de 1995

Sin importar la fatalidad de mi desgracia, mañana amanecerá y saldrá el sol una vez más. Algunas veces desearía poder tomarme un momento para poder contemplar la intensidad de mis sensaciones. La forma en la que se me eriza el vello de la nuca cuando estoy en su presencia me inspira el deseo incontrolable de aventarme hacia sus brazos y dejar que el mundo se disuelva a nuestro alrededor. Noche tras noche me encuentro en la penumbra de mi habitación deseando que aparezca su incomparable mirada en el reflejo de mi ventanal. Todo comienza con una llama en la distancia, en el bosque a las afueras de mi propiedad; el fuego se acerca con rapidez y siento la necesidad de escapar, de salvarme de la destrucción. Mis extremidades se sienten débiles y no puedo correr, no puedo escapar, y allí aparecen sus ojos color turquesa en el gran ventanal del salón principal. Su mirada es tan intensa que apenas puedo concentrarme en medio de mi caótico sueño. El fuego se ha extinguido y sus ojos han perdido su característico color acuático. Como dos obsidianas en un lienzo blanco, en sus ojos se reflejan mis lágrimas derramadas ante el miedo de perderlo una vez más. Este sueño me recuerda lo que pasó hace diez años en la casa de mi infancia.

La noche del doce de octubre perdí a mi mejor amigo, mi compañero de vida, la única persona que me comprendía. Día tras día intento mantenerme en pie y saco fuerzas de donde no tengo para continuar luchando por un futuro incierto y vacío. Mi padre era un hombre digno de admirar. Su sonrisa incomparablemente esperanzadora y sus ojos color turquesa me recordaban nuestras aventuras de verano en el sur de Italia donde escapábamos de la cotidianidad para recopilar momentos de eterna felicidad. Aún me siento anclada al recuerdo de los atardeceres en los que caminamos en la playa mientras disfrutábamos de nuestras discusiones filosóficas. Tengo claro que papá era un hombre de misterio, pero nunca imaginé que sus secretos lo llevaran a la trágica noche del doce de octubre. La mañana del incendio me levanté a las nueve de la mañana y salí a correr por los jardines de Schönbrunn. El otoño en Viena es una estación digna de admirar, y para mí no hay mejor manera de hacerlo que corriendo por los paisajes arquitectónicos que caracterizan a la ciudad de la música. Regresé a casa a eso de las diez y proseguí a prepararme el desayuno junto a papá. Su expresión delataba un sentimiento de angustia e incertidumbre, sin embargo, no sentí la necesidad de comentar en su estado de ánimo. Proseguí con mis estudios en el salón de arte donde dibujaba un estudio de la figura humana a carboncillo desde el mediodía hasta el anochecer. Me despertó un estruendo en el sótano de la casa cuando por fin había conciliado el sueño en medio de la incansable hiperactividad de mi mente.

Era una noche silenciosa e iluminada por una luna llena de incomparable tamaño. Bajé a la primera planta por las escaleras traseras ya que estas quedaban relativamente cercanas a mi habitación. El ventanal del salón principal se encontraba abierto de par en par. El frío del otoño penetraba en mis huesos y me generaba un escalofrío por toda la columna vertebral. Después de cerrar el ventanal me dirigí al sótano con precaución para evitar caerme en medio de la oscuridad. Mientras me acercaba más y más a la planta baja comencé a percibir un olor inusual. Una mezcla entre leña y humo emanaba del sótano. Cuando me acerqué a la entrada del búnquer se percibía una fuga de humo escapando por la rejilla de la ventilación. La puerta estaba cerrada, pero la cerradura había sido forzada y el martillo con la que habían abierto la puerta, pienso yo, había generado el estruendo que me despertó aquella noche. Recuerdo que papá nunca me dejaba entrar en el búnquer... Me pregunto qué era lo que guardaba allí. Al abrir la puerta un montón de humo escapó del interior y entró en mis pulmones dejándome sin aliento por un instante. Una masa desconocida se incendiaba en el sótano de mi casa cuando papá salió del

búnquer malherido y afanado. Lo último que recuerdo haber visto fueron sus ojos turquesa que contrastaban con la viveza del fuego; esa fue la última noche que vi a papá en casa.
